

EXPOSICIÓN *GEORGES ROUAULT. LO SAGRADO Y LO PROFANO*

Salas de Arte Contemporáneo, 15/11/10–13/02/11

Producida por el CENTRE GEORGES POMPIDOU DE PARÍS

Georges Rouault. Lo sagrado y lo profano reúne en el Museo de Bellas Artes de Bilbao, entre el 15 de noviembre y el 13 de febrero de 2011, 156 obras —entre óleos, grabados, e, incluso, una vidriera— que permiten conocer a uno de los artistas más relevantes del siglo XX. No se trata de una retrospectiva convencional, a pesar de que se muestran sus obras más importantes, como *Parade* (c. 1907–1910), *L'apprenti-ouvrier* (1925), *Véronique* (1945) o la serie de grabados *Miserere*. Su originalidad reside en presentar un buen número de obras inéditas en Europa: son obras inacabadas procedentes del taller de Georges Rouault (París, 1871–1958) —al que el artista, rara vez permitió el acceso—, y donadas al Estado francés en 1963 por su viuda Marthe Rouault y sus hijos.

Al presentar esta selección, gracias a un acuerdo con el Centre Georges Pompidou de París, se quiere ofrecer al espectador la ocasión de adentrarse en el trabajo del artista y su evolución, desde las primeras obras realizadas con una materia pictórica ligera y una atmósfera cromática azulada, hasta las últimas, en las que el color se hace cálido y la materia más espesa.

Junto a ello, la estrecha mezcla entre los temas sagrados y los profanos, característica a lo largo de toda su carrera, pone de relieve el hondo interés por la condición humana de Georges Rouault, quien, con una especie de expresionismo espiritual, creó una de las obras pictóricas más originales del pasado siglo.

Es precisamente esa fusión entre los temas sagrados y los profanos —con el mundo del circo y sus habitantes como elemento paradigmático— lo que caracteriza su obra y su intención: mostrar la dignidad del alma humana. Para ello, Rouault se guía por los principios de “forma, color y armonía”, que esta exposición, al reunir un buen número de obras en proceso de ejecución, revela de forma significativa.

Georges Rouault. Lo sagrado y lo profano, bajo el comisariado de Angela Lampe, conservadora del Centre Georges Pompidou, se divide en cuatro grandes apartados: los cuadros circenses de primera época; las obras que Rouault dejó inacabadas en su taller al morir en 1958; el ciclo de estampas conocido como *Miserere*; y, por último, un conjunto de obras tardías. El catálogo que acompaña la exposición cuenta con artículos y reseñas que analizan esos capítulos y las principales obras seleccionadas para la muestra —comenzando por su célebre autorretrato—, así como el fondo de obras inacabadas.

1.- EL CIRCO

A finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, y a partir de la obra de artistas como Daumier, Degas, Toulouse-Lautrec o Picasso, el mundo del circo y sus personajes alcanza gran difusión como asunto artístico. Es un motivo popular que, además, atrae a los artistas por dos razones; por un lado, permite mejor que otros la experimentación plástica en las pintorescas figuras que lo caracterizan y, por otro, pone de relieve cierta dimensión moral al representar tradicionalmente una alegoría social y espiritual de la condición humana, y, en ocasiones, de la marginalidad. En estos temas Rouault emplea un colorido fauvista y un trazo nervioso, que a partir de 1913 se convertirá en un grafismo amplio y rotundo, y cada vez más cargado de materia pictórica.

Ambos aspectos, forma artística y contenido moral, interesaron enormemente a Rouault hasta el punto de que los motivos circenses constituyen un tercio de su producción, es decir, un total de unas setecientas obras. Los payasos, acróbatas, malabaristas, bailarinas y los personajes clásicos de la *commedia dell'arte* le permiten experimentar con la forma y el color, al tiempo que reflexionar sobre la soledad o la miseria humanas. En el origen de esta inquietud se sitúan, entre otras causas, su retorno a la religión y la conmoción que le produjo la muerte en 1898 del conocido pintor simbolista francés Gustave Moreau, de quien fue amigo y discípulo, junto a Matisse y Marquet.

2.- OBRAS INACABADAS

En 1917 el conocido marchante de arte Ambroise Vollard puso a disposición de Rouault un taller en su palacete particular, y firmó con él un contrato con una cláusula que permitía que el artista terminara las obras a su ritmo. En 1939 Vollard muere en un accidente de coche y sus herederos precintan el taller. Tras un largo y doloroso proceso que Rouault gana, en 1947 se ven obligados a restituírle 700 obras. Rouault decide quemar 315 obras porque su edad avanzada no le va a permitir acabarlas. Las obras devueltas que no fueron destruidas ni terminadas en los diez años que le quedaron de vida al pintor formaron parte de la donación al Estado francés en 1963 —cinco años después de la muerte del pintor— por parte de la viuda del pintor y sus hijos. Esta donación, que durante años permaneció como un fondo reservado, contó con la participación del conservador Bernard Dorival, del Musée national d'art moderne de París, y el apoyo del célebre ministro de cultura del general De Gaulle, André Malraux.

Estas obras, de las que ahora se muestran 72, revelan a un artista permanentemente insatisfecho, que una y otra vez vuelve sobre los mismos motivos: Cristo en la cruz, la serie de ilustraciones para la obra literaria *Le Cirque de l'Etoile filante*, bailarinas, figuras y desnudos, y numerosos paisajes. Rouault trabajaba en series, experimentando incesantemente con formas y armonías de color que ponen de manifiesto el afán creativo y experimental del artista por encima de la exigencia de ceñirse al tema.

3.- MISERERE

Miserere es probablemente una de las obras más conocidas y más importantes de Rouault, ya que trabajó en ella durante décadas y por ello vertebra buena parte de su producción. Son 58 estampas realizadas entre 1922 y 1948 cuyo origen se remonta a la muerte del padre del pintor en 1912. Ilustran el sufrimiento a través de una especie de vía crucis humano dividido en dos partes: la primera, hasta la estampa número 33, muestra el *miserere* propiamente dicho; desde la 34 hasta la 58 aparece la tragedia de la guerra. Esta obra continúa la tradición de reflejar la desdicha humana a través del arte del grabado, inaugurada por Jacques Callot en 1633 con *Les grandes misères de la guerre* y que Goya continuó magistralmente en 1810–1829 con *Los desastres de la guerra*. En la serie de Rouault la presencia de Cristo en el inicio y en el final de cada ciclo confiere al conjunto un mensaje de esperanza: en medio del sufrimiento encarnado en una serie de personajes humildes y solitarios —exiliados, vagabundos, soldados, prostitutas...— Rouault introduce la presencia de lo sagrado —escenas de la vida de Cristo, representaciones de la Santa Faz...—, en un esperanzado equilibrio entre lo sagrado y lo profano.

4.- OBRAS TARDÍAS

La vidriera *Cristo atado a la columna* de 1939 es una obra singular de este periodo, en el que Rouault es ya un artista conocido y respetado. Con ella Rouault regresa a sus orígenes, puesto que comenzó su aprendizaje artístico con un maestro vidriero. El contorno negro, característico de sus pinturas y grabados, deriva, probablemente, de la emplomadura de las vidrieras. Los vitrales antiguos fascinaron particularmente al pintor por su función simbólica y religiosa, originada en la Edad Media. Por otra parte, la forma medieval de organizar su producción mediante gremios también atrajo a Rouault, que en 1901 participó en el intento fallido de crear una comunidad de artistas en la abadía benedictina de Ligugé.

A partir de 1945–1947 Rouault modifica su estilo al conceder mayor importancia a la materia pictórica, trabajando el óleo en la superficie del lienzo, dispuesto horizontalmente, hasta convertirla en una especie de relieve. Junto a ello, y por esos mismos años, el color se hace más cálido y luminoso, predominan los amarillos, rojos, naranjas y verdes, que ganan en intensidad expresiva frente a la simplificación a la que, al tiempo, Rouault somete al dibujo. Ambas cosas, materia y colorido, llenan su obra final de optimismo. Los motivos circenses que caracterizaron su primera etapa continúan presentes, también las representaciones de la Crucifixión y de la Santa Faz, pero el paisaje aparece ahora más frecuentemente. Son los llamados “paisajes bíblicos”, en donde Rouault, a través de planos horizontales cargados de materia, evoca de forma sintética capítulos evangélicos, demostrando hasta el final su apasionada espiritualidad.